

marina pineda

*«Hay un miedo que da miedo.
Las calles están desiertas.
Sólo el viento viona y va,
para la gente se encierra».*

NO hace mucho, en un excelente artículo, Gonzalo Torrente Ballester recordaba el estreno de «Mariana Pineda» en una capital de provincia. Fue en 1927, año aún de dictadura. Y la obra del todavía desconocido García Lorca navegó —según recuerda Torrente— entre estopos literarios y políticos.

Se intentaba por entonces —como Pemán lo intentó más tarde— escribir un teatro histórico en verso. Eduardo Marquina era el ejemplar más ilustre. Y, mirando hacia atrás, ahí estaba Lope de Vega con su ancho ciclo de dramas históricos. «Voces de gestas», de Valle, es otro ejemplo (1912).

¿Sólo literatura? No, seguro que no. En ese intento de restauración del verso andaban implicadas otras restauraciones. Al fin y al cabo, la Restauración borbónica era toda una filosofía histórica, un modo preciso de encarar nuestros problemas del pasado y del presente. De aquel tiempo surgían dos crónicas distintas, cuya incompatibilidad era uno de los síntomas más evidentes de la profunda crisis nacional: a un lado estaban las páginas mejores de los hombres del 98, o la marea creciente de unos movimientos sociales que se rebelaban contra nuestro feudalismo económico y político; el otro, los fastos oficiales, las asambleas magnas, las estampas de aristocráticas cacerías reales, los próximos oratorios. Como diría Machado: «Una de las dos Españas ha de helarte el corazón».

¿Cuál era la razón última de esta ambición a un «teatro en verso»? No es arriesgado pensar, leyendo a Marquina, y, más tarde, a Pemán, que en tal demanda se encerraba una voluntad de magnificación histórica, de mitificación del concepto de España. Recordemos a los noventa y ochistas críticamente abiertos a todos nuestros graves problemas, a nuestras contradicciones, a nuestras parálisis colectivas, a los desmanes intelectuales del mechinismo ibérico, a nuestra ignorancia, y consideremos la distancia que va entre la España zaragatera y triste de Machado y la que, día a día, era cantada en los escaños del Parlamento por los más ilustres políticos. El teatro histórico en verso renacía, sin duda, para cantar nuestra grandeza, a ser posible con versos claros, brillantes, soleados, marciales.

Y he aquí que Federico García Lorca, un desconocido granadino, estrenaba «Mariana Pineda», romance popular en tres estampas a la mayor gloria del liberalismo y para escarnio de la dictadura de Fernando VII y todas las dictaduras.

El autor no hablaba de lejanas hezanas de nuestros tercios de Flandes, de viejas glorias amasadas por personajes colosales, de destinos históricos, sino de un drama desarrollado entre españoles, de un drama político nuestro, en el que nosotros éramos los asesinos y la víctima. El hecho, además, estaba aún tan cercano, tan en un ayer reconocible, que el verso jamás cumplía su posible función desmaterializadora. En la elemental historia de Mariana Pineda, condenada por haber bordado una bandera, abandonada por todos sus amigos de Granada, muerta por negarse a dar el nombre de los conjurados contra el rey, existían factores que debieron avergonzar al conservador del año 27. Era una historia éticamente absurda, inadmisiblemente espantosa por su brutalidad; y, sin embargo, era una historia cierta, indudable, incómodamente próxima. De algún modo, según cuenta Torrente, la mala conciencia debió agitarse.

Luego, estaba también el problema del verso. García Lorca renunciaba a la mostranca poesía «patristica», en busca de nuevas dimensiones. Los adjetivos eran manejados de otro modo. Y Mariana Pineda, en su última «estampa», no era la «heroina» de las demagogias, sino un personaje inseguro, doliente, asustado, desvalido. Quería vivir y, al mismo tiempo, se negaba a pagar el deshonroso precio —la traición— que se le exigía. Por eso iba, finalmente, al cadalso.

¿Y hoy? ¿Qué impresión nos hace hoy «Mariana Pineda»? ¿Cuál es nuestro punto de observación? Numerosos críticos han escrito cosas durísimas contra «Mariana Pineda» y también contra el modo como se representa en el Marquina. Yo no estoy de acuerdo con estos juicios. «Mariana Pineda» es una obra que llega hasta nosotros, desde aquel lejano 27, con una serie de significaciones fundamentales. Si en su día fue turbidamente criticada, sospecho que, en alguna medida, los reproches de hoy renuevan las pasiones antiguas. Y si no es así, es que todos andamos un poco desquiciados, un poco devorados por la falta de perspectiva histórica: ¿cómo juzgar «Mariana Pineda» como si acabase de escribirse? ¿no acabó el propio Lorca renunciando radicalmente al verso en «La casa de Bernarda Alba»? Sitúese la obra en su tiempo. Y repétese la lista de lo que nuestra escena propuso en aquel 1927.

Y agradezcamos —al menos, yo lo hago desde aquí— la oportunidad de haber visto el primer drama de García Lorca, autor fundamental, ni tan grande como nos han dicho sus devotos, ni tan chico como ahora nos quieren hacer creer sus enemigos.

Cuestión distinta —y a posteriori— será la de dilucidar la vigencia o caducidad comunicativa de los versos de «Mariana Pineda». O las múltiples dificultades que su interpretación encierra, justamente por haberse alejado de las convenciones emocionales, grandilocuentes, del teatro heroico, sin alcanzar el rigor dramático de, por ejemplo, «Asesinato en la catedral». O la estructura de la obra. O cualquier otra cuestión. Pero esto viene después. Después de decir que esta «Mariana Pineda», dirigida por Mañas, con María Dolores Pradera en el papel de la protagonista, debíamos verla, debía montarse, y que responde, en última instancia, a un teatro-cultura frente a un teatro de puro divertimento. A un teatro ético frente a un teatro de enajenación.

JOSE MONLEON



concesionarios especializados

- | | | |
|---------------|-------------------|---------------------------|
| Barcelona | MINVIELLE | Via Augusta, 28 y 30 |
| Bilbao | ARECA | Alameda Recalde, 25 |
| Bilbao | LOVILAS | Alameda Recalde, 18 |
| Madrid 14 | LA GALERIA ESTILO | Jovellanos, 6 |
| Madrid 4 | HERMIDA | c/ Génova, 1 |
| Madrid 20 | E. I. O. | c/ Villamil, 17 |
| San Sebastián | ESPIRAL | c/ San Martín, 2 y 3 |
| Sevilla | HABITAT | c/ Santo Tomás, 13 |
| Valencia | MARTINEZ PERIS | c/ Colón, 84 |
| Valladolid | PINEDO | Paseo de Zorrilla, 17 |
| Zaragoza | KALI MUEBLES | Paseo de Calvo Sotelo, 18 |

concesionarios

- | | | |
|-------------------|-----------------|--------------------------------|
| Albacete | MUEBLES FERRERO | San Antonio, 7 |
| Alicoy | MILANO | Generalísimo, 47 |
| Alicante | MILANO | General Mola, 7 |
| Castellón | DAUFFI | General Aranda, 18 |
| Granada | TRONC | Angel Ganivet, 1 |
| J. de la Frontera | TAULA | c/ Horno, 3 |
| La Coruña | CORREDOIRA | San Andrés, 20 y 22 |
| León | | c/ Juan Lorenzo Segura, 3 |
| Málaga | ESPEJO HERMANOS | Echegaray 3 |
| Murcia | MILANO | Avda. de Alfonso X el Sabio, 3 |
| Oviedo | FUNCIONAL | Melquiades Alvarez, 6 |
| Las Palmas | MODULO | Plaza Cairasco, 1 |
| Pamplona | GUIBERT Y CIA. | Zapateria, 48 |
| Palma de Mallorca | MADERSA | Ramón y Cajal, 16 |
| Santander | PARCO | Santa Clara, 8 |
| Salamanca | THECA | Gran Via, 4 |
| Vigo | SAURA | Jose Antonio, 88 |
| Zamora | BETANIA | c/ Muñoz Grandes, 11 |